

Torrevieja en 1964.

Caminaba descalza y sola por la playa,
se enredaba en mi pelo una brisa temprana
y las rizadas olas que vienen y se marchan
dejaban entre mis pies besos de espuma blanca.
Qué suave era la arena, qué transparente el agua,
qué azul estaba el cielo, qué hermosa la mañana.
El aroma salobre del yodo y de las algas
perfumaba el ambiente y envolvía mi cara.
Y corrí hasta cansarme por la orilla cercana,
salpicando feliz la playa solitaria.
Las rocas a lo lejos sentí que me llamaban,
su piel rugosa y seca, áspera y afilada,
se clavaba en mi carne cada vez que pisaba.
Vi desde allí las olas, eran mucho más bravas,
más verdes, más profundas, daba miedo mirarlas.
Estrellaban su furia en las peñas más bajas
y al romperse, cayendo como en una cascada,
el sol las encendía con destellos de plata.
Verano levantino, Mediterráneo en calma,
siempre que os recuerdo me invade la nostalgia.
Tu amanecer radiante, tu crepúsculo en llamas,
y tus noches de agosto, paseando por la playa
con una luna llena reflejada en el agua.
Un pequeño pueblo de casas muy blancas,
mezcla de palmeras, salinas y barcas,
y luego, más tarde, ya de madrugada,
un coro de voces que soñando cantan
un son de habaneras que acaricia el alma.
Pueblos marineros, gente trabajada,
redes extendidas puestas a secar,
hombres que conservan azul la mirada
de pasar su vida de cara a la mar.